

URSÚA

William Ospina
Bogotá, Alfaguara, 2005, 478 páginas

La reciente publicación de William Ospina, *Ursúa*, es su inicio como novelista. Las páginas delatan a un escritor que, a pesar de su vasta experiencia en el campo de la poesía y el ensayo, revela inexperiencia para urdir con solidez la trama y alcanzar un auténtico clima narrativo. Escrita en un estilo de prosa poética que rememora las crónicas de la Conquista, y saturada de datos y referencias, la narración carece aún de la frescura y el alma que proviene sólo de aquellos autores que respiran la narración ubicándose dentro de las imágenes, las escenas y los personajes.

La novela profundiza en un interés recurrente en la obra de Ospina: los periodos de la Conquista y la Colonia, temática a la que se había acercado ya en su poemario *País del Viento* (1992), y que atendió con profundidad en el ensayo *Auroras de sangre* (1999), sobre el cronista de Indias Juan de Castellanos.

El conquistador Pedro de Ursúa capturaría la atención del autor cuando investigaba sobre las expediciones al Amazonas. La segunda, organizada por Ursúa, le reveló a un personaje contradictorio, con una vida cargada de paradojas, entre ellas, ser un personaje prácticamente ignorado por la historiografía a pesar de que recorrió el "país" en su totalidad, "antes de que Colombia fuera siquiera una idea"¹, fundó Pamplona (Norte de Santander) y fue gobernador de Santa Marta.

Sus lecturas sobre el conquistador lo impulsaron a convertir en trilogía lo que inicialmente sería el material para una novela. Así, *Ursúa*, la primera entrega, se ocupa de la etapa

inicial del personaje, desde su arribo al Nuevo Mundo en 1545. Sólo el final de la narración delata al guerrero vencido como anticipo del tema que desarrollará en el último libro de esta serie. La trilogía continuará con *El país de la canela*, sobre la expedición de Orellana y en *La Serpiente sin ojos* profundizará en los últimos años de Ursúa en el Amazonas hasta morir a manos de Lope de Aguirre.

Ospina se complace de las contradicciones de Ursúa, de sus logros fatuos y de su descenso moral y espiritual. En la novela evidencia las distintas fases por las que atravesó desde su partida de España hasta los días en que su ambición desmedida por conquistar el Amazonas lo condujo a la muerte.

Si bien es cierto que su ambición ya era reconocida cuando, siendo un adolescente, abandonó España con su tío Miguel Díaz de Armentáriz para embarcarse en busca de fortuna, no es menos discutible que la crueldad se le caló en los huesos sólo después de las primeras batallas que sostuvo contra los indígenas.

Después del primer sentimiento de fragilidad por el hecho brutal de sentir que la lanza estaba perforando una piel humana, recordó que la suya estaba recubierta de hierro, y el olor de la sangre ascendió hasta su rostro como una embriaguez. El sentimiento de que podían clavarle una flecha envenenada produjo en él la curiosa sensación de que era su deber matar a todos los indios, porque sólo eso impediría que la muerte se clavara en su flanco. Además, los gritos de los indios despertaron en él una suerte de ira, como si esas palabras desconocidas, incomprensibles, fueran algo más que ofensas, fueran algo más que insultos. Tiempo después se enteró de que eran conjuros, de que los in-

¹ Así lo refirió William Ospina al periodista Andrés Zambrano en entrevista que concedió al periódico *El Tiempo* y desde la que es posible acceder a los archivos de audio en internet desde el link: http://eskepe.eltiempo.terra.com.co/secc_eskpe/ursa/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR_ESKPE-252522985.html

dios no hacían un bullicio sin sentido sino que pronunciaban poderosas oraciones, y alguna vez hasta llegó a creer que esos conjuros eran eficaces contra él, porque siempre lo crispaban y lo enardecían (p. 286).

Su falta de piedad, los engaños con los que reunía a los indígenas para exterminarlos, y la codicia desde la que justificó profanar cementerios indígenas para arrasar con sus tesoros contrasta con la admiración que le despertaba el coraje de algunos de sus adversarios. Las páginas de la novela recrean el particular gesto del conquistador con un indígena que, a pesar de su desnudez y su desprotección, hirió a varios españoles. Cuando Ursúa asesinó finalmente al nativo le dejó bajo la lengua un anillo de plata como señal de reverencia.

El autor invirtió seis años de lecturas para consolidar su imagen sobre Ursúa. Su visión sobre el personaje se enriquece además con todas las lecturas que adelantó para escribir sobre Juan de Castellanos en *Auroras de sangre*. Es imposible pasar por alto el caudal de referentes del que se vale para tejer la novela. El autor no se contenta con referir sus fuentes en las páginas finales, en cada capítulo rebosan los datos y alusiones desde los que prueba su erudición.

En consecuencia, la investigación cuidadosa y esmerada devela a un diestro ensayista que aún debe recorrer camino para alcanzar las destrezas de un novelista. Al relato aún le faltan la respiración y el estilo propio que consolidan a un auténtico narrador. El mar de alusiones y referencias desilusiona con un relato en el que se ha recorrido apenas el camino de ida en el que el autor busca sus fuentes, pero no el de vuelta

en el que el escritor los desaprende para brillar con luz propia.

Los críticos de la novela –que aún no se ponen de acuerdo sobre su clasificación como novela histórica o como relato épico– alaban el estilo pulcro y el lenguaje impecable de William Ospina. Esas condiciones son indiscutibles, no en vano su pericia con el lenguaje le mereció convertirse en el corrector de estilo de García Márquez. Sin embargo, su tono narrativo, que reproduce el de las crónicas de Indias, esconde a un narrador que aún se muestra tímido para revelar su estilo propio, su manera particular de mirar y decir la historia como novelista del siglo XXI. Así, su prosa épica trasluce un manierismo anacrónico e innecesario.

Sin embargo, el juego con un narrador testigo, quien desde el anonimato lleva adelante la historia, es quizá la estrategia más sobresaliente de la que se vale el autor. Ese narrador, un mestizo hijo de español e indígena –una muchacha caoba que nadaba desnuda entre los corales del Caribe con flores rojas en el pelo–, cuenta con una doble perspectiva para analizar las actitudes de Ursúa: la sangre de su padre le permite admirar y compadecer a Ursúa; provenir de una raza indígena que ha sido mancillada lo impele al recelo y la rabia.

Con esa figura del narrador testigo, que revisa la vida de Ursúa desde perspectivas diversas, William Ospina evidencia ese potencial de la literatura que permite tejer y destejer las historias para enriquecerlas y darles aliento nuevo.

Mónica Montes